

Bosquejos Locales

Antonio Espí.

Llamó el maestro: Camps, Carpinell, Vidal... ven- gan ustedes conmigo. Salimos del Colegio, atrave- samos la carretera, y nos acompañó a la casa de enfrente, a la que años más tarde fué iglesia de Montserrat. Allí, en un cuarto interior destartelado, empezó por ponderarnos los estudios matemáticos, y luego nos entregó unos «Elementos de Álgebra.» No fueron muchas las lecciones que de esta ciencia nos explicó. Preocupaba ya la guerra carlista, y Espí se largó de Granollers. Pasaron años, y de mis profesores, Espí, por el poco tiempo de haber con él convivido, era el único que recordaba vaga- mente. Un día el que entonces figuraba como mi en- trañable y fiel amigo, y después se ha convertido en sañudo y pertinaz enemigo, el Sr. Garrell, me anuncia la llegada de mi antiguo profesor y más tarde me presenta al mismo con calurosos elogios por mis estudios y pronunciamientos favorables a mi persona, algo diferente de lo que hoy acostum- bra.

Distinguíome en seguida Espí con su amistad, alentóme a que perseverara en mis aficiones, y me encariñé con él.

Hacía tiempo que en mi lista de seres queridos su nombre figuraba con una cruz; no la que uno pone al amigo desleal para borrarle de nuestra amistad, sino la cruz del presentimiento al convencernos de la próxima visita de la muerte devoradora

Camino del cementerio iba yo solo, y no muy dis- tante rodaba el carruaje que le conducía a la última morada. Siguiendo al cadáver del amigo y del maes- tro, sentía mi alma invadida por vagas melancolías y hondas tristezas. Y la memoria desdoblábase re- movida por los recuerdos del muerto.

Volvíale a ver con su aspecto de vencido en las luchas de la vida. Me lo figuraba como una especie de Job, si bien este continuamente gemía, y Espí, las penas, las desdichas que han amargado su vida se las tragaba.

Fué de los escogidos por el infortunio y cebóse en él sin merecerlo.

Con un carácter batallador tenía el triunfo ase- gurado. De no arredrarse figurara en las primeras

filas, y de no ser tan modesto se hubiera segura- mente abierto paso, y colocado en el puesto que por sus merecimientos le correspondía. Contaba con basa para ello: un cerebro excelente, una instruc- ción sólida y fundamentada.

Pero Espí era un escéptico; digo mal, era un hon- bre que la experiencia le había enseñado mucho.

Escéptico en el verdadero sentido de la palabra, no podía serlo quien como el tenía cariño sin límites para su familia y contaba con muchas y buenas amistades.

Pacífico por temperamento y por costumbre, jus- ticiero porque valía, su lema era la verdad, la sin- ceridad su compañera.

Podía figurar entre los desinteresados. Creo que muchas de las adversidades sufridas debíalo a la no- bleza de su alma, pues no calculaba lo que el saldría ganando sino lo que otros podrían perder. Prefirió ser el sacrificado a que otros por causa suya, aun- que fuese justa, sufrieren la más pequeña contrarie- dad. De vivir en otras épocas, su manera de ser de mucho le hubiera valido; en la nuestra, los genero- sos, los nobles, los honrados, las personas dignas merecedoras de que las trompetas de la fama trom- petearan sus virtudes y sus acciones meritorias fue- sen galardonadas, obtienen el premio que se ha lle- vado Espí: la obscuridad y el silencio por un lado, y por otro, el desagrado, la ingratitud y la más negra injusticia.

Era un talento bien equilibrado, un escritor dis- tinguido, y sobre todo, un maestro incomparable. En esto no tenía precio.

Desde muy joven su vocación le llamó al profesora- do, y a esta noble carrera dedicó toda su vida. Aquí empezó a ejercerla, aquí retornó después de algunos años de ausencia y aquí le ha puesto conclu- sión definitiva.

Tenía para el magisterio docilidad extremada, mucha paciencia, y era muy atento con sus alumnos.

Cuando los discípulos se le insubordinaban, que los estudiantes al más pintado se la pegan, de atre- verse hubiera huído no por miedo, sino por no mos- trarse enfadado, por repugnarle el rigorismo.

Con su presencia dominaba la clase; su gravedad amilanaba; su melancolía tenía mucho de seductora; su bondad rendía y desarmaba a los discípulos revo- lucionarios.

Como trabajador era incansable. Enseñaba siem- pre ó aprendía. No era de los que en teniendo el tí-